

Á más de un liberal de los que renegaban de la confesión auricular, hubiera podido decirle las veces que se había embriagado, el dinero que había perdido al juego, ó si tenía las manos sucias ó si maltrataba á su mujer, con otros secretos más íntimos. Muchas veces, en las casas donde era recibido como amigo de confianza, escuchaba en silencio las reyertas de familia, con los ojos discretamente clavados en el suelo; y mientras su gesto daba á entender que nada de aquello le importaba ni comprendía, acaso era el único que estaba en el secreto, el único que tenía el cabo de aquella madeja de discordia. En el fondo de su alma despreciaba á los vetustenses. «Era aquello un montón de basura.» Pero muy buen abono, por lo mismo: él lo empleaba en su huerto; todo aquel cieno que revolvía, le daba hermosos y abundantes frutos.

La Regenta se le presentaba ahora como un tesoro descubierto en su propia heredad. Era suyo, bien suyo; ¿quién osaría disputárselo?

Recordaba minuto por minuto aquella hora—y algo más—de la confesión de la Regenta.

«¡Una hora larga!» El cabildo no hablaría de otra cosa aquella mañana cuando se juntaran, después del coro, los señores canónigos del tertulín.

Don Custodio, el beneficiado, había pasado la tarde anterior sobre espinas; primero con el cuidado de ver llegar á la Regenta, después espiando la confesión, que duraba, duraba «escandalosamente.» Iba y venía, fingiendo ocupaciones, por la nave de la derecha y pasaba ya lejos, ya cerca de la capilla del Magistral. Había visto primero á otras mujeres junto á la celosía y á doña Ana en oración, junto al altar. Al pasar otra vez había visto ya á la Regenta con la cabeza apoyada en el confesonario, cubierta con la mantilla... y vuelta á pasar y ella quieta... y otra vez... y siempre allí, siempre lo mismo.

«—Don Custodio—le decía Gloucester, el ilustre Arcediano, que había notado sus paseos—¿qué hay? ¿ha venido esa dama?

—¡Una hora! ¡una hora!

—Confesión general. Ya Vd. ve...

Y más tarde:

—¿Qué hay?

—¡Hora y media!

—Le estará contando los pecados de sus abuelos desde Adán.

Gloucester había esperado en la sacristía «el final de aquel escándalo.»

El Arcediano y el beneficiado vieron á la Regenta salir de la catedral y juntos se fueron hablando del suceso para esparcir por la ciudad tan descomunal noticia.

«No pensaban hacer comentarios. El hecho, puramente el hecho. ¡Dos horas!»

En efecto, había sido mucho tiempo. El Magistral no lo había sentido pasar; doña Ana tampoco. La historia de ella había durado mucho. Y además, ¡habían hablado de tantas cosas! Don Fermín estaba satisfecho de su elocuencia, seguro de haber producido efecto. Doña Ana jamás había oído hablar así.

«Aquel anhelo que sentía de Pas, antes de conversar en secreto con aquella señora, había sido un anuncio de la realidad. Sí, sí, era aquello algo nuevo, algo nuevo para su espíritu, cansado de vivir nada más para la ambición propia y para la codicia ajena, la de su madre. Necesitaba su alma alguna dulzura, una suavidad de corazón que compensara tantas asperezas.... ¿Todo había de ser disimular, aborrecer, dominar, conquistar, engañar?»

Recordó sus años de estudiante teólogo en San Marcos de León, cuando se preparaba, lleno de pura fe, á entrar en la Compañía de Jesús. «Allí, por algún

tiempo, había sentido dulces latidos su corazón; había orado con fervor, había meditado con amoroso entusiasmo, dispuesto á sacrificarse *en Jesús...* ¡Todo aquello estaba lejos! No le parecía ser el mismo. ¿No era algo por el estilo lo que creía sentir desde la tarde anterior? ¿No eran las mismas fibras las que vibraban entonces, allá en las orillas del Beruesga, y las que ahora se movían como una música plácida para el alma? En los labios del Magistral asomó una sonrisa de amargura. «Aunque todo ello sea una ilusión, un sueño, ¿por qué no soñar? Y ¿quién sabe si esta ambición que me devora no es más que una forma impropia de otra pasión más noble? Este fuego, ¿no podrá arder para un afecto más alto, más digno del alma? ¿No podría yo abrasarme en más pura llama que la de esta ambición? ¡Y qué ambición! Bien mezquina, bien miserable. ¿No valdrá más la conquista del espíritu de esa señora que el asalto de una mitra, del capelo, de la misma tiara?...»

El Magistral se sorprendió dibujando la tiara en el margen del papel.

Suspiró, arrojó aquella pluma, como si tuviera la culpa de tales pensamientos, que ya se le antojaban vanos, y sacudiendo la cabeza, se puso á escribir.

El último párrafo decía:

«El suceso tan esperado por el mundo católico, la definición del dogma de la infalibilidad pontificia había llegado por fin en el glorioso día de eterna memoria, el 18 de Julio de 1870: *hæc dies quam fecit Dominus...*»

El Magistral continuó:

«Confirmábase al fin de solemne modo la doctrina del cuarto Concilio de Constantinopla que dijo: *Prima salus est rectæ fidei regulam custodire*; confirmábase la doctrina que los griegos profesaron con aprobación del segundo Concilio lionense, y se declaraba y definía, *sacro approbante Concilio*, que el Romano Pontifi-

ce, quam ex cathedra loquitur, goza plenamente, *per assistentiam divinam*, de aquella infalibilidad de que el Divino Redentor ha querido proveer á su iglesia...»

Don Fermin soltó la pluma y dejó caer la cabeza sobre las manos.

«Ignoraba lo que tenía, pero no podía escribir. ¿Sería el asunto? Acaso no estaría él aquella mañana para tratar materia tan sublime. ¡La infalibilidad! Terrible, pero valentísimo dogma: un desafío formidable de la fe, rodeada por la incredulidad de un siglo que se ríe. Era como estar en el Circo entre fieras, y llamarlas, azuzarlas, pincharlas... ¡Mejor! así debía ser.» El Magistral había sido desde el principio de la batalla entusiástico partidario de la declaración. «Era el valor, la voluntad enérgica, la afirmación del imperio, una aventura teológica parecida á las de Alejandro Magno en la guerra y las de Colón en el mar.»

Había defendido el dogma heróico en Roma en el púlpito, con elocuencia entonces espontánea, con calor, como si el infalible fuera él. Llamaba á Dupanloup cobarde. En Madrid había llamado mucho la atención predicando en las Calatravas, al volver de Roma con el buen obispo de Vetusta. El tema había sido también la infalibilidad. Los periódicos le habían comparado con los mejores oradores católicos, con Monescillo, con Manterola, eclesiásticos como él, con Necedal, con Vinader, con Estrada, legos.

«Y nada, no había pasado de ochavo. La Iglesia es así, pensaba De Pas, con la cabeza apoyada en las manos y los codos sobre la mesa, olvidado ya del Papa infalible; la Iglesia proclama la humildad y es humilde como ser abstracto, colectivo, en la jerarquía, para contener la impaciencia de la ambición que espera desde abajo. Yo me lucí en Roma, admiré á los fieles en Madrid, deslumbro á los vetustenses y seré obispo cuando llegue á los sesenta. Entonces haré yo la come-

dia de la humildad y no aceptaré esa limosna. Los intrigantes suben; los amigos, los aduladores, los lacayos medran sin necesidad de sermones; pero nosotros, los que hemos de ascender por nuestro mérito apostólico, no podemos ser impacientes, tenemos que esperar en una actitud digna de sumisión y respeto. ¡Farsa, pura farsa! Oh, si yo echase á volar mi dinero!... Pero mi dinero es de mi madre, y además yo no quiero comprar lo que es mío, lo que merezco por mi cabeza, no por mis arcas. ¿No quedábamos en que era yo una lumbrera? ¿No se dijo que en mí tenía firme columna el templo cristiano? Pues si soy una columna, ¿por qué no me echan encima el peso que me toca? Soy columna ó palillo de dientes, señor cardenal, ¿en qué quedamos?»

El Magistral, que estaba solo y seguro de ello, dió un puñetazo sobre la mesa.

—Voy, señorito—gritó una voz dulce y fresca desde una habitación contigua.

El Magistral no oyó siquiera. En seguida entró en el despacho una joven de veinte años, alta, delgada, pálida, pero de formas suficientemente rellenas para los contornos que necesita la hermosura femenina. La palidez era de un tono suave, delicado, que hacía muy buen contraste con el negro de andrina de los ojos grandes, soñadores, de movimientos bruscos; unos ojos que parecía que hacían gimnasia, obligados día y noche á las contorsiones místicas de una piedad maquinal, mitad postiza y falsificada. Las facciones de aquel rostro se acercaban al canon griego y casaba muy bien con ellas la dulce seriedad de la fisonomía. En esta figura larga, pero no sin gracia, espiritual, no flaca, solemne, hierática, todo estaba mudo menos los ojos y la dulzura que era como un perfume elocuente de todo el cuerpo.

Era la doncella de doña Paula, Teresina. Dormía

cerca del despacho y de la alcoba del *señorito*. Esta proximidad había sido siempre una exigencia de doña Paula. Ella habitaba el segundo piso, á sus anchas; no quería ruido de curas y frailes entrando y saliendo; pero tampoco consentía que su hijo, su pobre Fermín, que para ella siempre sería un niño á quien había que cuidar mucho, durmiese lejos de toda criatura cristiana. La doncella había de tener su lecho cerca del *señorito*, por si llamaba, para avisar á la madre, que bajaba inmediatamente.

En casa el Magistral era *el señorito*. Así le nombraba el ama delante de los criados y era el tratamiento que ellos le daban y tenían que darle.

Á doña Paula, que no siempre había sido *señora*, le sonaba mejor *el señorito* que un usía. Las doncellas de doña Paula venían siempre de su aldea; las escogía ella cuando iba por el verano al campo. Las conservaba mucho tiempo. La condición de dormir cerca del señorito, por si llamaba, se les imponía con una naturalidad edemiaca. Ni las muchachas ni el Magistral habían opuesto nunca el menor reparo. Los ojos azules, claros, sin expresión, muy abiertos, de doña Paula alejaban la posibilidad de toda sospecha; por los ojos se le conocía que no toleraba que se pusiese en tela de juicio la pureza de costumbres de su hijo y la inocencia de su sueño; ni al mismo Provisor le hubiera consentido media palabra de protesta, ni una leve objeción en nombre del qué dirán. ¿Qué habían de decir? Allí la castidad de ella, que era viuda, y la de su hijo, que era sacerdote, se tenían por indiscutibles; eran de una evidencia absoluta; ni se podía hablar de tal cosa. «Don Fermín continuaba siendo un niño que jamás crecería para la malicia.» Éste era un dogma en aquella casa. Doña Paula exigía que se creyera que ella creía en la pureza perfecta de su hijo. Pero todo en silencio.

Teresina entró abrochando los corchetes más altos del cuerpo de su hábito negro (de los Dolores) y en seguida ató cerca de la cintura en la espalda el pañuelo de seda también negro que le cruzaba el pecho.

—¿Qué quería el señorito? ¿se siente mal? traeré ya el café?

—¿Yo?... hija mía... no... no he llamado.

Teresina sonrió. Se pasó una mano mórbida y fina por los ojos, abrió un poco la boca, y añadió:

—Apostaría... haber oído...

—No, yo no. ¿Qué hora es?

Teresina miró al reloj que estaba sobre la cabeza del Magistral. Le dijo la hora y ofreció otra vez el café, todo sonriendo con cierta coquetería, contenida por la expresión de piedad que allí era la librea.

—¿Y madre?

—Duerme. Se acostó muy tarde. Como están con las cuentas del trimestre...

—Bien; tráeme el café, hija mía.

Teresina, antes de salir, puso orden en los muebles, que no pecaban de insurrectos, que estaban como ella les había dejado el día anterior; también tocó los libros de la mesa, pero no se atrevió con los que yacían sobre las sillas y en el suelo. Aquellos no se tocaban. Mientras Teresina estuvo en el despacho, el Magistral la siguió impaciente con la mirada, algo fruncido el entrecejo, como esperando que se fuera para seguir trabajando ó meditando.

Hasta que tuvo el café delante no recordó que él solía decir misa; que era un señor cura. ¿La tenía? ¿Había prometido decirla? No pudo resolver sus dudas. Pero la seguridad con que Teresa procedía le tranquilizó.

Ni doña Paula ni Teresa olvidaban jamás estos pormenores. Ellas eran las encargadas de oír la campana del coro, de apuntar las misas, de cuanto se refería a

los asuntos del rito. De Pas cumplía con estos deberes rutinarios, pero necesitaba que se los recordasen. ¡Tenía tantas cosas en la cabeza! Sus olvidos eran dentro de casa, porque fuera se jactaba de ser el más fiel guardador de cuanto el Sinodal exigía, y daba frecuentes lecciones al mismo maestro de ceremonias.

Tomó el café y se levantó para dar algunos paseos por el despacho; quería distraerse, sacudir aquellos pensamientos importunos que no le permitían adelantar en su trabajo.

Teresina entraba y salía sin pedir permiso, pero andaba por allí como el silencio en persona; no hacía el menor ruido. Llevó el servicio del café, volvió á buscar un jarro de estaño y el cubo del lavabo; entró de nuevo con ellos y una tohalla limpia. Entró en la alcoba, dejando las puertas de cristales abiertas, y se puso á *levantar* la cama, operación que consistía en sacudir las almohadas y los colchones, doblar las sábanas y la colcha y guardarlas entre colchón y colchón, tender una manta sobre el lecho y colocar una sobre otra las almohadas sacudidas, pero sin funda. El Magistral dormía algunos días la siesta, y doña Paula, por economía, le preparaba así la cama. Hacerla formalmente hubiera sido un despilfarro de lavado y planchado.

Don Fermin volvió á sentarse en su sillón. Desde allí veía, distraído, los movimientos rápidos de la falda negra de Teresina, que apretaba las piernas contra la cama para hacer fuerza al manejar los pesados colchones. Ella azotaba la lana con vigor y la falda subía y bajaba á cada golpe con violenta sacudida, dejando descubiertos los bajos de las enaguas bordadas y muy limpias, y algo de la pantorrilla. El Magistral seguía con los ojos los movimientos de la faena doméstica, pero su pensamiento estaba muy lejos. En uno de sus movimientos, casi tendida de brazos sobre la cama,

Teresina dejó ver más de media pantorrilla y mucha tela blanca. De Pas sintió en la retina toda aquella blancura, como si hubiera visto un relámpago; y discretamente, se levantó y volvió á sus paseos. La doncella jadeante, con un brazo oculto en el pliegue de un colchón doblado, se volvió de repente, casi tendida de espaldas sobre la cama. Sonreía y tenía un poco de color de rosa en las mejillas.

—¿Le molesta el ruido, señorito?

El Magistral miró á la hermosa beata que en aquel momento no conservaba ningún gesto de hipocresía. Apoyando una mano en el dintel de la puerta de la alcoba, dijo el amo sonriente como la criada:

—La verdad, Teresina... el trabajo de hoy es muy importante. Si te es igual, vuelve luego, y acabarás de arreglar esto cuando yo no esté.

—Bien está, señorito, bien está—respondió la criada,



da, muy seria, con voz gangosa y tono de canto llano.

Y con mucha prisa, haciendo saltar la ropa cerca del techo, acabó de levantar la cama y salió de las habitaciones del señorito.

El cual paseó tres ó cuatro minutos entre los libros tumbados en el suelo, por los senderos que dejaban libres aquellos parterres de teología y cánones. Después de fumar tres pitillos volvió á sentarse. Escribió sin descanso hasta las diez. Cuando el sol se le metió por los puntos de la pluma, levantó la cabeza, satisfecho de su tarea.

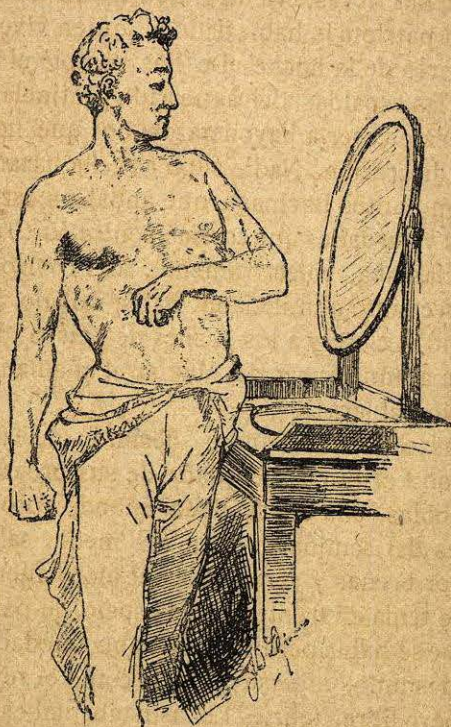
Miró al cielo. Estaba alegre, sin nubes. El buen tiempo en Vetusta vale más por lo raro. El Magistral se frotó las manos suavemente. Estaba contento. Mientras había escrito, casi por máquina, una defensa, *calamo corriente*, de la Infalibilidad, con destino á cierta Revista Católica que leían católicos convencidos nada más, había estado madurando su plan de ataque.

Pensaba lo mismo que la Regenta: que había hecho un hallazgo, que iba á tener un alma hermana.

El, que leía á los autores enemigos, como á los amigos, recordaba una poética narración del impío Renán en que figuraban un fraile de allá de Suecia ó Noruega, y una joven devota, alemana, si le era fiel la memoria. De todas suertes, eran dos almas que se amaban en Jesús, á través de gran distancia. No había en aquellas relaciones nada de sentimentalismo falso, pseudo-religioso; eran afectos puros, nada parecidos á los amores de un Lutero, ni siquiera de un Abelardo; era la verdad severa, noble, inmaculada del amor místico; amor anafrodítico, incapaz de mancharse con el lodo de la carne, ni en sueños. «¿Por qué recordaba ahora esta leyenda, piadosa y novelesca? ¿Qué tenía él que ver con un monje romántico y fanático, místico y apasionado, de la Edad-media... y sueco? Él era el Magistral de Vetusta, un cura del siglo diez y nueve,

un *carca*, un oscurantista, un zángano de la colmena social, como decía Foja el usurero...»

Y al pensar esto, mirándose al espejo, mientras se lavaba y peinaba, De Pas sonreía con amargura miti-



gada por el dejo de optimismo que le quedaba de sus reflexiones de poco antes.

Estaba desnudo de medio cuerpo arriba. El cuello robusto parecía más fuerte ahora por la tensión á que le obligaba la violencia de la postura, al inclinarse sobre el lavabo de mármol blanco. Los brazos cubiertos de vello negro ensortijado, lo mismo que el pecho alto

y fuerte, parecían de un atleta. El Magistral miraba con tristeza sus músculos de acero, de una fuerza inútil. Era muy blanco y fino el cutis, que una emoción cualquiera teñía de color de rosa. Por consejo de don Robustiano, el médico, De Pas hacía gimnasia con pesos de muchas libras; era un Hércules. Un día de revolución, un patriota le había dado el ¡quién vive! en las afueras, cerca de la noche. De Pas rompió el fusil de chispa en las espaldas del aguerrido centinela, que le había querido coser á bayonetazos, por que no se entregaba á discreción. Nadie supo aquella hazaña, ni el mismo don Santos Barinaga que andaba á caza de las calumnias y verdades que corrían contra *La Cruz Roja*, como él llamaba, colectivamente, al Provisor y á su madre. En cuanto al miliciano, había callado, jurando odio eterno al clero y á los fusiles de chispa. Era uno de los que al murmurar del Magistral añadían:

«—¡Si yo hablara!»

Mientras estaba lavándose, desnudo de la cintura arriba, don Fermín se acordaba de sus proezas en el juego de bolas, allá en la aldea, cuando aprovechaba vacaciones del seminario para ser medio salvaje corriendo por breñas y vericuetos; el mozo fuerte y velludo, que tenía en frente, en el espejo, le parecía un *otro yo* que se había perdido, que había quedado en los montes, desnudo, cubierto de pelo como el rey de Babilonia, pero libre, feliz... Le asustaba tal espectáculo, le llevaba muy lejos de sus pensamientos de ahora, y se apresuró á vestirse. En cuanto se abrochó el alzacuello, el Magistral volvió á ser la imagen de la mansedumbre cristiana, fuerte, pero espiritual, humilde: seguía siendo esbelto, pero no formidable. Se parecía un poco á su querida torre de la catedral, también robusta, también proporcionada, esbelta y bizarra; mística, pero de piedra.

Quedó satisfecho, con la conciencia de su cuerpo

fuerte, oculto bajo el manteo epiceno y la sotana flotante y escultural.

Iba á salir.

Teresina apareció en el umbral, seria, con la mirada en el suelo, con la expresión de los santos de cromo.

—¿Qué hay?

—Una joven pregunta si se puede ver al señorito.

—¿Á mí?—Don Fermín encogió los hombros.—
¿Quién es?

—Petra, la doncella de la señora Regenta.

Al decir esto los ojos de Teresina se fijaron sin miedo en los de su amo.

—¿No dice á qué viene?

—No ha dicho nada más.

—Pues que pase.

Petra se presentó sola en el despacho, vestida de negro, con el pelo de azafrán sobre la frente, sin rizos ni ondas, con los ojos humillados, y con sonrisa dulce y candorosa en los labios.

El Magistral la reconoció. Era una joven que se había obstinado en confesar con él y que lo había conseguido á fuerza de tenacidad y paciencia; pero después había tenido que desairarla varias veces, para que no le importunase. Era de las infelices que creen los absurdos que la calumnia propala para descrédito de los sacerdotes. Confesaba cosas de su alcoba, se desnudaba ante la celosía entre llanto de falso arrepentimiento. Era hermosa, incitante; pero el Magistral la había alejado de sí, como haría con Obdulia, si las exigencias sociales no lo impidiesen.

Petra se presentó como si fuese una desconocida; como si persona tan insignificante debiera de estar borrada de la memoria de personaje tan alto. Tal vez en otras circunstancias no hubiera tenido buen recibimiento; pero al saber que venía de parte de doña Ana, sintió el clérigo dulce piedad, y perdonó de repente á

aquella extraviada criatura sus insinuaciones vanas y perversas de otro tiempo. Fingió también no reconocerla.

Teresina los espiaba desde la sombra en el pasadizo inmediato. El Magistral lo presumía y habló como si fuera delante de testigos.

—¿Es Vd. criada de la señora de Quintanar?

—Sí, señor; su doncella.

—¿Viene Vd. de su parte?

—Sí, señor; traigo una carta para Usía.

Aquel usía hizo sonreír al Provisor, que lo creyó muy oportuno.

—¿Y no es más que eso?

—No, señor.

—Entonces...

—La señora me ha dicho que entregara á Usía mismo esta carta, que era urgente y los criados podrían perderla... ó tardar en entregarla á Usía.

Teresina se movió en el pasillo. La oyó el Magistral y dijo:

—En mi casa no se extravían las cartas. Si otra vez viene Vd. con un recado por escrito, puede Vd. entregarlo ahí fuera... con toda confianza.

Petra sonrió de un modo que ella creyó discreto y retorció una punta del delantal.

—Perdóneme Usía...—dijo con voz temblorosa y ruborizándose.

—No hay de qué, hija mía. Agradezco su celo.

Don Fermín estaba pensando que aquella mujer podría serle útil, no sabía él cuándo, ni cómo, ni para qué. Sintió deseos de ponerla de su parte, sin saber por qué esto podía importarle. También se le pasó por la imaginación decir á la Regenta que era poco edificante la conducta de aquella muchacha. Pero todo era prematuro. Por ahora se contentó con despedirla con un saludo señorial, cortés, pero frío. Cuando Petra